



La escuela de Freddie



PENELOPE FITZGERALD

*Traducción del inglés a cargo de
Mariano Peyrou*



IMPEDIMENTA



Debía de ser 1963, porque en el Alexandra estaban poniendo el musical *Dombey e hijo*, y debía de ser otoño, porque sin duda fue en algún momento de octubre cuando una actuación se tuvo que retrasar considerablemente debido a que dos miembros del reparto se habían resbalado y se habían hecho daño en el pasillo de los camerinos B, y es que, al parecer, el suelo estaba inundado con alguna sustancia pegajosa y pringosa. La inundación había sido provocada por uno de los chicos más jóvenes del coro, que había descubierto una manera de modificar el mecanismo de la máquina de café del pasillo B de modo que esta no reaccionara cuando se introducían en ella las siguientes cincuenta monedas de seis peniques. Se informó de este defecto, pero el encargado de seguridad y los responsables del *catering* estuvieron debatiendo sobre a quién le correspondía asumir la responsabilidad. Cuando alguien introdujo la siguiente moneda, la máquina proporcionó, con un terrible chirrido,

cincuenta y un vasos de plástico, y después, entre jadeos, vomitó un montón de líquido lechoso.

Para Mattie, que tenía once años, fue el mejor desenlace posible. El jefe de producción dijo que tenía que marcharse. Esas bromas excéntricas solo se les permitían a los actores principales e, incluso en su caso, solo al final de una buena temporada.

—Es la tercera vez que tenemos problemas con él. Vamos a tener que mandarlo de vuelta.

El director de *casting* comentó que tan solo le quedaban tres semanas de contrato. La ley, quizá por compasión, solo permitía que los niños aparecieran en producciones comerciales durante tres meses seguidos.

—No, no vamos a esperar tres semanas, lo devolveremos de inmediato y ya está, tendrán que enviarnos a otro. ¿De dónde lo sacaste?

—De donde Freddie.

Ambos vacilaron. El director de *casting* le dijo a su ayudante que se lo notificara a la Escuela de Actores Temple. El ayudante habló con su segundo.

—Quizá lo mejor sería que fueses a verla.

El ayudante se quedó sorprendido, pues había tratado el asunto como si fuera una trivialidad.

—¿No será suficiente con llamarla por teléfono?

—Tal vez, si lo haces muy bien.

—¿Y dónde puedo encontrarla?

—¿A Freddie? En donde Freddie.

* * *

—Me temo que va a tener que hablar un poco más claro, querido. Es algo que se aprende... No puede ser que me llame para quejarse por una broma, por una broma que ha hecho un actor, no hay nada que les dé más suerte, ¿por qué cree que el señor O'Toole puso hielo en las duchas de los camerinos del Old Vic? Fue cuando estaba haciendo su *Hamlet*, querido, para que le diera un poco de suerte a su *Hamlet*. No estoy segura de qué edad tendría O'Toole, pero Mattie va a cumplir doce a finales de noviembre, si quiere grabar su voz, por cierto, debería hacerlo ya, yo noto que se le está poniendo un pelín ronca, esa clase de cosas que tanto temen los directores de coro les da un terror que les afecta hasta el órgano, ya me entiende. Supongo que al niño le parecería divertido ver cómo alguien se resbalaba y caía... Hay dos que están de baja, quiénes serán, John Wilkinson y Ronald Tate, sí, los dos pasaron por aquí, querido, le diré a la señorita Blewett que vaya a verlos si están postrados, que les lleve unas golosinas, les encantan... Supongo que ya andarán cerca de los treinta... Bueno, querido, he disfrutado enormemente charlando con usted, pero ahora tiene que pasarme al director de *casting*, o espere, primero quiero hablar con el encargado del teatro... dígame que Freddie necesita decirle un par de cosas.

El encargado del teatro llegó casi de inmediato. Tenía la intención de decir —y por algún motivo no dijo— que todo aquello no tenía absolutamente nada que ver con él, pero mostró indignación en lugar de dignidad y empezó a hablar de lo que había llegado a sus oídos y de que no podía ni imaginarse qué pasaría después y también del más que probable daño que habían sufrido unos asientos recién

tapizados y la nueva moqueta que se acababa de poner en todo el edificio.

—¿Qué le pasó al tapizado antiguo de los asientos? —lo interrumpió Freddie—. ¿Y a la antigua moqueta?

El encargado dijo que eso era asunto suyo y de su personal. Resultaba, sin embargo, que la Escuela Temple, con sus cuarenta años de formación de actores en la tradición shakespeariana, estaba continuando dicha tradición en un estado próximo a la indigencia: los muebles estaban muy deteriorados, las ventanas carecían de cortinas y el suelo se hallaba descubierto de un modo casi indecente, y no podía creerse que un teatro tan próspero como el Alexandra se quedara de brazos cruzados contemplando cómo sucedían tales cosas sin echar una mano. El encargado se dio cuenta de lo que le estaba pasando, aunque era la primera vez que le pasaba, porque había oído a otros hablar de ello. Le estaban haciendo la de Freddie o, dicho de otro modo: «Shakespeare se habría sentido muy satisfecho con tu contribución, querido», aunque esa expresión no hubiera circulado entre ellos. Treinta y siete minutos más tarde, había aceptado enviar la antigua tapicería y la antigua moqueta a la Escuela Temple como un préstamo indefinido. No se encontraba bien. La ingenuidad hace que uno se sienta tan mal como cualquier otro exceso de autocomplacencia.

Todo el que haya conocido la Escuela Temple recordará el distintivo olor que había en el despacho de Freddie. No era precisamente desagradable y evocaba una sacristía en la que hubiera colgada ropa vieja y unas flores pudriéndose en el

lavabo, pero donde, pese a ello, se exige una actitud respetuosa. No era un lugar para ver con claridad, puesto que la luz, por las mañanas, entraba en un ángulo y tenía que atravesar cierta cantidad de polvo. Cuando la lámpara del escritorio al fin se encendía, el círculo de luz, aunque ahuyentaba a los extraños, era muy débil. La propia Freddie, delante de quien hubiera sido llamado a la habitación, parecía un trozo de oscuridad más sólido aún, como la sombra de su sillón. Solo de vez en cuando y por azar se veía un destello procedente de sus gafas o del borde de sus broches semipreciosos, prendidos en cualquier sitio. Incluso su extensión era incierta, ya que el material de sus faldas y el de la silla se parecían mucho. La tapicería del Alexandra, de un carmesí apagado con algunas zonas raídas, pasó a revestir el mobiliario en cuanto llegó, pero en realidad no supuso una gran diferencia. Enfrente había otro sillón, mucho más pequeño, que, aunque Freddie no tenía mascotas, daba la impresión de haber sido arañado por un perro. Situado allí, el visitante tenía que mirar a Freddie a los ojos, que, aunque no brillaban en absoluto —eran de un azul pálido y duro—, expresaban un interés tan grande que producía incredulidad. El rostro, como la amplia camisa, estaba surcado por numerosas líneas, como si ambos hubieran sido arrugados juntos al mismo tiempo. ¿Qué no revelaría un buen planchado?

Aunque Freddie solía empezar diciendo algo amable, el primer instinto que se despertaba en el visitante era el de la autoconservación; incluso era habitual sentir la necesidad de asegurarse de que la puerta, que ahora quedaba a su espalda, podía alcanzarse con rapidez en caso de necesidad.

Y, sin embargo, lo cierto es que nadie se marchaba antes de tener que hacerlo. El límite que separaba la alarma y la fascinación se cruzaba muy pronto. Esto se debía en parte a su voz: un graznido que hacía pensar en un largo sufrimiento, graznido que se ajustaba poco a poco y que parecía insinuar que cualquier dificultad valía la pena, hasta convertirse en el tono acariciante que empleaba para adular. La adulación, por lo general, permitía que Freddie ahorrara dinero.

—Espero que no le importe que la habitación esté tan fría. Yo, la verdad, no lo noto mientras hablo con usted.

Freddie sabía que cualquiera podía adivinar sus intenciones cuando hacía estas cosas, pero eso constituía una adulación extra. Lo cierto es que ella era capaz de generar un calor propio, un brillo similar a los primeros efectos del alcohol. En cuanto a qué era lo que quería, no había ningún misterio. Quería sacar provecho, pero, por otra parte, los seres humanos le interesaban tanto que siempre le resultaba beneficioso conocer a uno nuevo. Cuando sonreía, siempre lo hacía de un modo un tanto asimétrico; daba la impresión de tratarse de la sombra de una deformidad o de la consecuencia de una apoplejía leve. Freddie nunca intentaba ocultar esto.

—Miradme bien —aconsejaba a sus alumnos—. No soy tan divertida como vais a serlo vosotros cuando me imitéis.

Pero la sonrisa transmitía una benevolencia inestimable, además de una sensación de sorpresa por el hecho de que siguiera existiendo esa benevolencia. Uno tenía que sonreír con ella, algo de lo que a lo mejor se arrepentiría más tarde.

Su aspecto andrajoso era un reproche extremadamente injusto. Su devoción hacia las cosas que tenían que ver con el espíritu era una amenaza. El problema, por supuesto, radicaba en que nunca pedía nada que, en rigor, fuese para sí misma. ¿Por qué, al fin y al cabo, el Alexandra se había desprendido de tantos metros de tela y de terciopelo? ¿Por qué la Royal Opera House, en cada subasta de final de temporada, se mostraba tan indulgente con las pujas de la Escuela Temple? ¿Por qué Freddie estaba representada —con su aspecto de siempre, incluso con la misma falda y los mismos broches— junto a las Grandes Estrellas de Todos los Tiempos en el telón de seguridad del Palladium? ¿Por qué, sí, a Mattie se le permitía continuar trabajando en *Dombey e hijo*? Simple y llanamente porque a Freddie le importaba tanto, y tan inexorablemente, el teatro, donde, más allá de los demás mundos, el amor que uno da es el amor que uno recibe. Los directores delirantes, los columnistas pervertidos y fríos, los promotores insolventes, los actores incapacitados por la bebida, todos se han perdonado unos a otros y han sido perdonados, y seguirán siéndolo, hasta que se apaguen las luces en el último teatro, porque amaban su profesión. Y de Freddie se decía —quizá asumiendo más de la cuenta— que su corazón pertenecía al teatro.

Eso debía de venir de alguna parte. Incluso tratándose de Freddie debía de haber alguna explicación. Se suponía que había nacido en 1890. Era la hija de un pastor protestante. Algunas etapas de su vida no estaban nada claras. En la pared había una fotografía descolorida en la que se la veía en las calles de Manchester, aparentemente levantando la bandera del movimiento sufragista. Pero ¿quién era la figura

masculina que tenía a su derecha, en actitud medio amenazante, con el pie sobre el pedal de una bicicleta tándem? ¿Fue entonces, tal vez, cuando sufrió la apoplejía? Una foto posterior, en la que Freddie salía con unos pantalones bombachos y unas polainas, era mucho más clara. Ahí aparecía con una azada en la mano, cortando nabos para hacer mermelada para los hombres que se hallaban en las trincheras. Lo cierto era que había dejado su trabajo en el campo al año siguiente, en 1917, y se había trasladado a Londres para empezar a trabajar en el Old Vic. Eso implicaba trabajar para la extraordinaria Lilian Baylis, que se había hecho cargo del lugar cinco años antes, y que había convertido una cafetería que pertenecía al movimiento antialcohólico situada en un barrio de mala fama en un teatro shakespeariano para el pueblo. La señorita Baylis afirmaba que no era culta y que no era una dama y que solo hacía lo que Dios le ordenaba hacer. Su personal estaba advertido de que no podía aspirar a tener ningún tipo de vida familiar. Su público, adaptado a los duros asientos, era absolutamente fiel. Su teatro era tan incómodo y tan profundamente amado que se pensaba que el público británico jamás permitiría que cerrara. Era la Dama del Vic, casi la única persona de la que Freddie hablaba con respeto.

Fue con Lilian Baylis con quien Freddie estudió el arte del idealismo, es decir, cómo derrotar al materialismo y lograr que la gente trabajara a cambio de casi nada. En el Vic, de hecho, las actrices, que cobraban menos, a menudo tenían que interpretar personajes masculinos, y se les decía que sería bueno para ellas ponerse una barba y pronunciar las encantadoras frases que decían los hombres en las

obras. Freddie no copió estos métodos, sino que inventó métodos propios introduciendo algunas variaciones. En cierto modo, sin embargo, superó a la Dama, que le decía a su personal:

—Acudid a mí en momentos de júbilo y en momentos de pesar, pero no lo hagáis en los momentos intermedios, porque no tengo tiempo para cotorreos.

Freddie, por el contrario, siempre estaba dispuesta a hablar y, en esa época, también a escuchar. Cuando concluyó la guerra, ya conocía prácticamente a todos los que formaban parte del mundillo del teatro londinense y era conocida por ellos.

En 1924 se marchó del Old Vic. No se llevaba nada mal con la señorita Baylis, en absoluto, pero había entendido que la presencia de ambas bajo un mismo techo proporcionaba las condiciones necesarias y suficientes para que se produjera una explosión. Con una pequeña herencia que había recibido (¿de quién?) abrió la Escuela Temple.

Por lo tanto, cierta parte de su vida podía explicarse. Pero había algunos elementos en conflicto. Su ayudante, la señorita Hilary Blewett, disfrutaba del privilegio de acceder a las zonas más oscuras de su carácter, ya que Freddie le había dicho en más de una ocasión que había conocido la peor de las pobrezas. Eso había ocurrido, o bien en Peterborough, o bien en San Petersburgo; la señorita Blewett no había podido determinarlo con claridad. La Campanilla,¹ por cierto, podía ser perfectamente suspicaz. Su devoción

1. Se la llama así por la semejanza entre su apellido y el nombre inglés de esta flor, *Bluebell*. (*Todas las notas son del traductor.*)

hacia Freddie, que le exigía largas horas de trabajo, resultaba difícil de explicar, incluso para ella misma. Quizá se hallara bajo alguna forma de hipnosis leve.

Freddie se apellidaba Wentworth, pero casi nunca mencionaba a los miembros de su familia. No había ninguna foto de ellos. Sin embargo, se sabía que su hermano menor, que era un respetable abogado instalado en la costa sur del país, se había presentado, aunque solo en una ocasión, en el Temple. Preocupado por la situación económica de su hermana, o por cómo él se la imaginaba (ya que no la había visto en muchos años), le había enviado una carta cuidadosamente redactada. Freddie le dijo que estaba tan ocupada que solo había podido leer la primera frase.

—Supongo que yo estoy tan ocupado como tú, Frieda, aunque en actividades considerablemente más provechosas.

Estaba sentado, en una posición desgarbada e incómoda, en un pequeño sillón bastante inadecuado para un jurista.

—Tengo que conservar mi energía, querido. Para ello, no hago nunca nada que no sea estrictamente necesario y, sobre todo, no leo nunca nada que no tenga la obligación de leer. Sabía que me ibas a contar lo que decías en tu carta.

—Mira, Frieda, he estado tratando de pensar en cómo eras antes de entrar en este ambiente enloquecido, no sé cómo llamarlo, bueno, antes de que empezaras a dedicarte al teatro. Yo soy bastante más joven que tú, claro, siempre lo he sido. Pero me gustaría saber cómo llegaste a obsesionarte tanto con la dirección de esta escuela, lo cual me temo que te está dejando en una posición económica muy lamentable... Lo único que te pido es que evalúes tu posición, Frieda.

—Bueno, has sido muy amable por venir, James, y me llama la atención que hayas pensado que merecía la pena hacerlo. Creo que así te sentirás mejor. En fin, esta misma noche, cuando lo hables con tu esposa... ¿cómo se llama, por cierto?

—Cherry —contestó el abogado.

—Pero así se llamaba tu primera esposa.

—Solo me he casado una vez, Frieda.

—Cuando le cuentes que parece que nadie ha limpiado este lugar en siglos, y que yo ni siquiera pude encontrar tu carta y que estoy hecha un vejestorio, y otras cosas de este tipo... Bueno, también podréis comentar a intervalos regulares lo amable que has sido al venir.

—A Cherry y a mí nos gustaría que vinieras a cenar con nosotros —insistió.

—Más bien lo que os gustaría pensar es que *he cenado* con vosotros. Pero he llegado a un punto en mi vida en el que ya nunca salgo por la noche. No tenéis nada que reprocharos al respecto.

No perdió la calma y mantuvo un imponente aspecto de persona sensata. Pero no serviría de nada: todo el sentido común estaba de parte de él, tal y como testimoniaba el desgastado mobiliario. James sacó unas notas que tenía y empezó a leer un análisis —era simplemente una estimación a ojo, ya que ella no había considerado apropiado confiar en él— de la situación económica de la escuela en el momento presente; acababa de hacer algunas preguntas y le habían dicho que no había más de cuarenta alumnos, si es que los había, y que, para conseguir trabajo, los alumnos dependían peligrosamente de *Peter Pan* y de los

espectáculos navideños, entre los que siempre había algún que otro musical y unos pocos papeles shakespearianos. No podían trabajar en la televisión, no podían trabajar en el cine, no podían trabajar de modelos; la Escuela Temple no permitía nada de eso. Una luminosa sonrisa sobrevoló el rostro de Freddie, como si algo se hubiera movido en las profundidades. Él insistió y le preguntó cuándo había hecho examinar o supervisar el local por última vez. Freddie contestó que en unas semanas estaba prevista la visita de un inspector del Ministerio de Educación. Cuando el abogado pareció alegrarse, ella añadió que esperaba que el ministerio no enviara a nadie con sobrepeso porque albergaba ciertas dudas con respecto a la tarima combada del vestíbulo del piso de arriba, y que había dado instrucciones a los niños para que nunca lo cruzaran por el centro, sino que dieran un rodeo pisando en los bordes de las tablas. La mirada penetrante y sarcástica de él, que en aquel momento era bastante parecida a la de ella, indicó que Freddie se había pasado un poco. Probablemente estuviese tratando de hacerle gracia, de entretenerlo. Pero lo cierto es que James se equivocaba. Si hubiera tenido mejor oído, podría haber percibido cómo se alternaban el sonido de las pisadas y el de los pies que se arrastraban sobre sus cabezas. Pero era un hombre que se dedicaba a mirar las cosas en vez de escucharlas. Dijo que ya debía marcharse, puesto que, al ser un hombre ocupado, una condición necesaria de su presencia en algún sitio era hallarse también de camino hacia alguna otra parte. Cogió su abrigo y su maletín y después, aunque sabía que no había llevado nada más, miró a su alrededor como si no estuviera seguro del todo.

—No me gusta dejarte así, Frieda.

—Me encontrarás exactamente con el mismo aspecto la próxima vez que vengas.

—Eso es lo que me temo. Esa idea no me tranquiliza en absoluto.

Mientras él continuaba preparándose para marcharse, Freddie, que no se había movido de su silla en ningún momento, señaló un secreter que había en un lateral de la habitación, haciéndose hueco entre dos cómodas más grandes.

—Abre el cajón que hay arriba a la izquierda y sírvete tú mismo, James. Ahí es donde guardo las entradas para regalar. No me acuerdo de qué hay.

—Bueno, si nadie las va a aprovechar... No tengo nada en contra de un buen espectáculo... Hay un vaso de leche que parece llevar aquí una buena temporada —añadió al abrir el secreter. Pero su comentario no le sirvió para recuperar el dominio de la situación.

—Encontrarás unas invitaciones para el Palladium, querido. Dile a Cherry que podéis ir cualquier día.

Él las guardó cuidadosamente en un compartimento de su maleta. Mientras se metía en el coche, lo invadió una sensación de injusticia por no poder detestar más a su hermana, ya que sin duda era bastante detestable. Probablemente aquello se debiera a la sonrisa que ella le había dedicado en el último momento.

Este método para relacionarse con su pariente, o con sus parientes, le daba a Freddie la libertad de elaborar la historia de

su vida prácticamente como quisiera. Era improbable que alguien pudiera cuestionarla. Por tomar un único ejemplo: ¿podía ser verdad que en cierto momento ella hubiera actuado sobre un escenario? Cuando se levantaba de su silla, su cuerpo se apoyaba en la inconfundible y no demasiado grácil forma de caminar de una bailarina, con la parte superior del cuerpo bastante estática y los pies firmemente plantados en el suelo, como una criatura marina en tierra. Resultaba muy llamativo verla deslizarse de ese modo. Y ella disfrutaba de la sorpresa que producía.